1
233432

LA NOVELA DE

Demasiado H

Rafael Lopez

BIBLIOTECA
MADRID



1

233432

MUCHAS GRACIAS

REVISTA CÓMICO-SATÍRICA

Director: ARTEMIO PRECIOSO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: MENDIZÁBAL, 42

TELEFONO 24-53 J. MADRID APARTADO 473

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(PAGO ANTICIPADO)

Madrid y provincias:		Extranjero:	
Año.....	14 ptas.	Año.....	22 ptas.
Semestre...	8 —	Semestre...	14 —

Portugal y América: Año, 16 ptas.; semestre, 10.

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de giro postal, sellos de correos o sobre monedero.

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

En breve aparecerá

ROSA DE CARNE

(HISTORIA DE UN LIBRO ERÓTICO)

NOVELA POR

Artemio Precioso

Un tomo de más de 300 páginas, con ilustraciones de **DEMETRIO** lujosamente editado.

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

CINCO pesetas ejemplar.

LA NOVELA DE NOCHE

tiene en cartera los siguientes originales:

La casa de la Trini, por EMILIO CARRERE. Ilustraciones de *Varela de Seijas.*

El veneno de la aventura, por ALVARO RETANA. Ilustraciones de *Guillén.*

El palomar, por JOAQUÍN BELDA. Ilustraciones de *Demetrio.*

Las rubias del principal, por ARTEMIO PRECIOSO. Ilustraciones de *Demetrio.*

Una noche en el cielo, por ALFONSO VIDAL Y PLANAS. Ilustraciones de *Baldrich.*

Los sueños de Carmina, por ALBERTO VALERO MARTÍN. Ilustraciones de *Penagos.*

No por obra de varón..., por VICENTE DÍEZ DE TEJADA. Ilustraciones de *Ochoa.*

La virtud en el pecado, por ALVARO RETANA. Ilustraciones del mismo.

El cuarto de baño, por JOAQUÍN BELDA. Ilustraciones de *Ribas.*

UNA peseta.

PROXIMAMENTE

La Novela de Noche

publicará

ASTUCIAS DE MUJER

por

Eduardo Zamacois

y las

Memorias de Brantome

(PÁGINAS GALANTES)

Traducción de

Artemio Precioso

LA NOVELA DE HOY

La popularísima Revista, ÚNICA en su género—cosa bien fácil de comprobar preguntando en los puestos de venta—tiene contratada la exclusiva con los ilustres escritores

Vicente Blasco Ibáñez, Pedro Mata, Joaquín Belda, «El Caballero Audaz», Eduardo Zamacois, Alberto Insúa, Antonio de Hoyos y Vinent, W. Fernández Flórez, Ramón Pérez de Ayala, Julio Camba, Rafael López de Haro, Alvaro Retana, Luis Araquistain, Juan Pérez Zúñiga, Vicente Díez de Tejada, Fernando Mora, Artemio Precioso, Alfonso Vidal y Planas y otros.

Lea usted, coleccione usted

LA NOVELA DE HOY

La mejor editada. :-: Los mejores autores y dibujantes. :-: Interesantes interviús. :-: La más popular.

TREINTA céntimos ejemplar.

47/1504217

LAS OBRAS DE

La Novela de Noche

CADA VEZ TENDRÁN
MÁS EXTENSION

o o o

COLECCIONE USTED

La Novela de Noche

LA NOVELA DE NOCHE
PUBLICACIÓN QUINCENAL
APARTADO 473

Año I. Madrid, 15 de abril de 1924. Núm. 2.

DEMASIADO HERMOSA

POR

RAFAEL LOPEZ DE HARO
ILUSTRACIONES DE *RIBAS*

UNA PESETA

M A D R I D
SUCESORES DE RIVADENEYRA, S. A.
Paseo de San Vicente, 20.-Teléfono 376 J.
1 9 2 4

R. 3221837

PRÓLOGO

He aquí un gran novelista a quien muchos no le perdonan que lo sea. Verdaderamente es intolerable que un señor que no frecuenta los "círculos literarios" ni se encarama en las columnas de los rotativos para expedirse a sí mismo el título de insigne, refrendado después por los compadres igualmente insignes, pero sin lectores, los haya conquistado por decenas de millares.

"Pero ¿es posible—se preguntan los siete sabios de Grecia—que un sujeto del que nosotros no hemos hablado, una figura que nosotros "no movemos", venda rápidamente ediciones de enorme tirada?" Es posible, sí, señores, teniendo positivamente talento y originalidad. Aunque parezca mentira, fuera

del círculo de ustedes es donde existen esas cosas raras: el talento y la originalidad.

Rafael López de Haro es un gran escritor, un formidable escritor, que ha conquistado su público directamente, sin el intermediario capcioso del "bombo" de camaradería y casi sin el auxilio de la publicidad. Por eso a ustedes, ¡oh, admirables señores que no leen!, les ha sorprendido este descubrimiento, más desconcertante que un buen artículo de cualquiera del corro. Sí; López de Haro es uno de los más recios, de los más consistentes y de los más leídos novelistas del habla castellana.

Sucede algo más, verdaderamente irritante, ¡oh, sabios!: sucede que este enorme escritor, como no vive la vida de ustedes, alfeñicada en los cenáculos, donde no se cena, como no se atiene a la falsedad de una visión libresca de la vida, sino que la vive y la siente en contacto con la realidad, viajando, estudiando sobre el cuerpo vivo de la sociedad, no produce esas cosas tan artificiales

y sin nervio que ustedes engendran: hace libros de un verismo que causa estupefacción. Y, en fin, la osadía de este hombre, traspasando todo límite, llega a no imitar a nadie, a no tomar de autor alguno, ni nacional y extranjero, ni una idea, ni una norma, nada; López de Haro es absolutamente así, absolutamente original.

***

Por eso la nota saliente de las novelas de López de Haro es la singularidad, el no parecerse a ningunas otras. Cuando se reveló este escritor con el éxito fulminante de Dominadoras, *esos señores, que no se duermen si sale un nombre nuevo hasta que le clasifican, halláronse desorientados. "¿Era un novelista erótico? ¿Era realista? ¿Qué era?" Era un hombre y no había para qué devanarse los sesos.*

Cuando hoy se citan novelistas eróticos, el nombre de López de Haro no aparece en-

tre ellos. Sería, en efecto, un gran error ponerle esa etiqueta a este autor. No es novelista erótico o galante, porque el fenómeno humano del amor le merece la misma atención que otra manifestación cualquiera de la vida. En sus cuadros de vida pueblerina, en sus novelas de la clase media, en sus narraciones de la sociedad equívoca, hay la misma portentosa clarividencia y providad para la pasión amorosa y para las otras pasiones; con el mismo vigor de aguafuerte nos describe una mujer, un desnudo de mujer, que un trozo de costa o un paisaje de montañas. La retina perspicaz y la pluma, pincel y cincel han empleado la misma maestría. No es, pues, López de Haro un novelista erótico, ni jamás ha pretendido serlo, aunque sus páginas de literatura amorosa tengan tan sugerente intensidad, tan trascendentes calor y perfume, tan viva palpitación. López de Haro quiere ser y es un novelista completo, ecuánime, universal.

Lo que más admira de él es el decoro, la

finura, el arte con que describe y cuenta los pasajes en que otros resbalan y caen lamentablemente. Hay en el estilo de López de Haro una exquisita, delicada e inimitable pulcritud. Pocos saben cómo es esta verdad: la novela, en su materialidad escrita, las palabras de una novela, son únicamente el vehículo de las emociones y de las sensaciones; pasan las emociones y las sensaciones sobre las líneas de la narración como los viajeros sobre el camino; van del novelista al lector por el camino de los renglones; y lo difícil, lo meritorio, estriba en sugerir a quien leyere aquello que con palabras ni se puede ni se debe decir. Hay como una telepatía. Ahora que para alcanzar esta perfección literaria se necesita tener todo el dominio de la técnica y del idioma que López de Haro tiene.

*
**

La obra de este escritor personalísimo puede ser así, independiente y espontánea, porque es libérrima. López de Haro no es, realmente, un profesional de la literatura. Sus lectores se han ido enterando poco a poco —acaso él lo recató al principio—de que el novelista ejerce su profesión de abogado, defiende pleitos y redacta escrituras, porque es también notario, y por cierto una de las primeras figuras del Notariado español. Hay más: se trata de un orador, de un político que ha ceñido dos veces el fajín de gobernador y que aspira con ardimiento a ir a las Cortes, cuya entrada le vedó ferozmente el caciquismo. Las luchas, las campañas electorales de nuestro amigo han sido épicas. Su palabra de artista electrizaba a los oprimidos. Y, vale decirlo aquí, ¿por qué no?, ha de saberse que la cuestión de los foros gallegos fué planteada por él en los términos de solución en que hoy se halla, y que la fórmula de redención, ahora aceptada, fué la que López de Haro, después de estudiar con-

cienzudamente el problema, propuso y divulgó.

Estas circunstancias especiales de López de Haro hacen que, no acuciado nunca por la necesidad ni el deseo de lucro—puesto que su bufete es pingüe—, sólo dedique a la literatura horas de deleite, que produzca únicamente por recreo. Su arte es así puro y fresco, libre, sin que lo ensombrezca nunca el deseo de cobrar. Las novelas de López de Haro nacen de una afición, de una inclinación poderosa, del placer de hacerlas, sin más fin que el gusto y la vocación. El no toma nunca la pluma si no siente la necesidad de decir algo. Cuando no tiene nada que decir, no escribe. No se ve en el apremio de inventar algo qué decir para ganar un puñado de pesetas.

Bueno; pues la paradoja o la ironía de la suerte es que este escritor es uno de los que más dinero ganan con sus novelas. Ha llegado al gran público, que devora rápidamente sus ediciones. De su novela La imposible

van vendidos más de ciento cincuenta millares, cifra alcanzada por escritores castellanos muy rara vez.

⁂

No hay que darle vueltas, ¡oh, sabios!: para escribir novelas es necesario vivir en contacto con la realidad. Los que se encierran en Madrid y se circunscriben a un perímetro estrecho, creyendo que desde la Puerta del Sol se ve toda la Península y hasta todo el orbe, acaban muy pronto, a escape, por ser escritores "de estufa", canarios enjaulados. El ejemplo de Blasco Ibáñez y de Baroja, errabundos, lo siguen pocos; el de López de Haro, que, además de viajar mucho, vive en la misma entraña de la sociedad actual, casi ninguno.

Este novelista observa la realidad tocándola; ve las pasiones manipulándolas en su estudio, como un médico en su clínica; sien-

te inmediatas, como se siente la arteria bajo las yemas de los dedos, las palpitaciones vivas, porque las toca, y aquí está el secreto de su inagotable originalidad, y por eso, como su arte es la verdad a través de su temperamento, no se parece a nadie, ni quiere.

⁂

López de Haro se halla en este momento en la plenitud de sus facultades, en la cumbre de su personalidad. Ha alcanzado en la prosa una agilidad que maravilla y es, ante todo, un maestro en el arte de la descripción. De un panorama, o de un personaje, sabe elegir, con indefectible acierto, el trazo, el matiz, aquello que le dará al lector neta y precisa la visión interior. La lectura de una novela de López de Haro nos presenta y hace contemplar la acción con tanta plasticidad como si la viésemos representada en un teatro.

Pericia envidiable esta de impresionar la mente del lector como pantalla "en la que se proyectasen fotografías". Para alcanzarla ha menester el novelista un largo y metódico ejercicio, un perseverante ensayar y, sobre todo, una concienzuda preparación. Hombre de estudio, habituado a contrastar la ciencia con los hechos, López de Haro ha llegado a poseer plenamente tan difícil aptitud.

***

Una breve noticia del método de trabajo de este novelista tal vez le agrade al lector.

Se trata de un imaginativo experimental, aunque parezca arbitraria la expresión. Un imaginativo que fantasea sobre la misma realidad sin falsearla ni en un matiz.

—Cuando yo estaba planeando La imposible*—nos decía en cierta ocasión—, pensé en hacer pasar al novio de mi protagonista por el trance bochornoso de marearse a bor-*

do. Una canoa con motor de gasolina es uno de los escenarios de mi narración. Mi personaje, una nena educada en un pueblo de pescadores, sabía gobernar un balandro y no se asustaba de una galerna. Marearle al novio era ponerle en una situación de ridículo que convenía a mis designios de narrador. Ahora bien: ¿qué siente la persona que se marea? Yo no me conformaba con trasladar a mis páginas un cuadro sindrónico, una descripción externa del paciente de mareo. Yo quería conocer el mareo "por dentro". Pues a estudiarlo.

—¿Cómo?

—Mareándome. Dicen que quien pasa la Marola pasa la mar toda. La verdad es que entre los puertos de La Coruña y El Ferrol se encuentran y chocan varias corrientes que agitan aquel mar con gran violencia. Son olas redondas, verticales, que insurgen como bolas de agua que viniesen del fondo a la superficie; bolas de agua enormes: un bullir zozobroso de bolas de agua. Los vapor-

cillos que hacen la travesía, al llegar a la confluencia de corrientes, bailan zarandeados y tienen ese movimiento de cuchara que dicen que marea a los más firmes. Pues yo hice la travesía en todas las condiciones: de mañana, de tarde, a popa mirando la estela, a proa viendo la quilla hincarse, rasgar; en ayunas, después de comer; en días de tempestad... Y vi marearse a muchos pasajeros, pero... yo, como si tal cosa. No he sentido el mareo y no me atreví a describirlo. El novio de mi protagonista no se marea en la novela.

En cuanto a la ejecución de su trabajo, nuestro amigo nos dice que una novela es en su pensamiento un año entero a veces.

—Se va haciendo entera como si llevase yo al novelista alojado en un pabellón del hotel cerebral. El es su lóbulo idea y "escribe" la novela. Cuando luego yo la traslado al papel, "copio" un libro que estaba entero en ese archivo. Por eso tardo en producir, es decir, en manuscribir *lo que materialmente es indispensable. Alguna vez voy a probar a*

dictar a un taquígrafo, y creo que saldrá toda una novela grande de un tirón.

—Claro es—añade—que no hago esquema, plan, ni guión alguno. Al poner la primera palabra es que ya está preparada la última.

***

En esta novela, Demasiado hermosa, *que el lector va a conocer para su deleite, López de Haro ha hecho uno de sus magistrales trabajos de plasticidad: más que nada es en sus páginas un pintor y un escultor. La fábula, con ser tan extraña y obsesionante, no es lo principal. Cierto que interesa, que sugestiona; pero lo que admira es el dibujo, el modelado tan preciso y tan exactamente anatómico de una mujer.*

¡Y qué mujer! ¿Existe?

¿Dónde está?

DEMASIADO HERMOSA

I

Pues mayores prodigios que del Sol, hay que esperarlos de la Luna. La acción de los rayos solares sobre el organismo, aunque por ahora a la ciencia le parezca sutilísima y de difícil análisis, pronto será conocida y hasta vulgarizada. La gran revolución científica la presiento yo del estudio que se haga de la luz lunar.

—¿Sí?—interrumpió al doctor Aree Natalia, la morena de marfil—. Es interesante eso.

—Interesantísimo. Mis estudios filosóficos, ocultistas, no me dejan tiempo que dedicar a esa investigación que habría de ser prolija

y asaz laboriosa; pero estoy seguro de que no tardará en aparecer, con sorprendentes resultados, un nuevo método de curar que yo llamo desde ahora la selenoterapia. De la significación e influencia de la Luna, en los ritos, en las fiestas de las razas primitivas, en las noches druídicas, por ejemplo, hay mucho averiguado y mucho por averiguar. El hombre prehistórico, y aun el protohistórico, que vivía más que sus sucesores en la Naturaleza, consagraba a la Luna un culto y la concedía una importancia en su suerte y en su salud, que no por haber sido perdida de vista carece de virtualidad. Es ésta una de tantas cosas en que el sabio moderno, de laboratorio, tiene mucho que aprender de su precursor, el sacerdote pagano, el iniciado de las cavernas. Todavía hay razas, como la gallega, que dan a la luz de la Luna un principal valor en sus sentimientos ancestrales y cántigas ínsitas, cordiales. En ningún idioma existe la traducción exacta del "luar" de que nos habla la musa delicada y



melancólica de Curros Enríquez. Bien sabido es que "luar" no significa simplemente alumbrar la Luna. Más bien quiere decir transubstanciarse las cosas y resplandecer las almas por el influjo de la Luna. El novelista López de Haro ha hecho del vocablo "luar" un acabado estudio en su obra *Los Nietos de los Celtas,* que tanto dió que decir.

—¡Eh, eh! Pise usted el freno y, a fondo, doctor. Su facundia "rosoluniana" nos haría dormir. Y sobre todo, absténgase de interpolar en su charla bombos a los amigos.

—A mí me iba intrigando la disertación—opuso Natalia al interruptor.

—El señor Graña—dijo el doctor Arce—se aterra, se espeluzna, siente un pánico erizante en cuanto se inicia una conversación que pueda hacerle pensar. ¿Ven ustedes lo que teme un cordero al lobo? Pues mucho más le asusta a nuestro amigo Graña la acometida de una idea. Amenizaré mi divagación con el relato de un caso curioso en el que andan mezclados, para perplejidad mía,

el misterio químico y el misterio teosófico. Esto si no participan ustedes de la "ideofobia" de Grañita. ¿Sienten ustedes curiosidad?

—¡Vivísima!—dijo el novelista Antonio Duarte y asintieron los demás.

—Observé el caso en una costa de este litoral norteño en que nos encontramos. Desde la desembocadura del Miño a la del Bidasoa, sitúen ustedes la acción donde su fantasía les sugiera, que yo no he de revelar, a ningún precio, ni el lugar de ella ni nombre propio alguno. Ello es que me hallaba yo en viaje de exploración por aquellas montañas, obstinado en descubrir unos hipogeos que mis libros teosóficos aseguraban existir en la bella región. Mi punto de parada y de partida era una aldea a la orilla del mar; una aldea pintoresca, un pueblecillo de pescadores acurrucado al abrigo de unas peñas que formaban allí dársena natural. En cierta especie de hostería de este pueblecillo fijé, como susodicho queda, mis reales. La dueña,

viuda de un patrón de pesca, mujer trabajadora y arriscada, me había cedido dos habitaciones en el piso superior de su taberna, cuyo tillado era, por cierto, tan sencillo, que me permitía oír desde la cama las conversaciones de los bebedores.

—¡Alto!—gritó Pepe Graña—. Puede usted, ¡oh sabio!, volverme a insultar; pero, o se ciñe al caso, al grano, al hecho de autos, o mi insignificancia se evapora.

—Se va por ahí—dijo Luci—la rubia de nácar.

—¡Chistecitos no!—se amoscaba el doctor.

—Siga usted—le pidió Natalia—aunque sea sólo para mí.

—Desde mi balcón—continuó el doctor Arce, mirando a Natalia deferente—veía el mar, y muchas noches, principalmente las noches de luna, placíame salir a los peñascos y sentado en uno de ellos contemplar los rompientes donde las olas fabricaban sus encajes maravillosos y efímeros.

El peatón que, como es natural, descubrió el primero mi cualidad de médico, la divulgó rápidamente, lo cual me ocasionó no pocas molestias, si bien me deparó la ocasión inestimable de observar el caso que voy a referir. (Suspiró Pepe Graña. Natalia lo confundió con una mirada imperativa, inapelable.) Después de varias llamadas, a las que, por humanidad, no podía negarme, solicitó mis auxilios un mocetón, dueño de una trainera, que vino a buscarme desolado. Le había nacido el primer hijo, hacía ya dos semanas, y no aparecía en la madre aquella dulce secreción con que la Naturaleza ocurre a la subsistencia de los recién nacidos. Estaban alimentando al rorro con cocimientos y papillas que le sentaban como venenos, por lo que yo debía atender a un tiempo a la disentería del infante y a la extraña omisión del organismo de la puérpera.

Fuí a la casa del mocetón, receté para el crío, que tenía el vientrecillo como un tambor, lo que creí indicado y pasé a examinar

a su progenitora. Me encontré ¡ya puede usted poner atención Grañita! en presencia de una de esas mujeres robustas, reciamente hermosas, que contribuyen a formar con sus vigores el mar y las montañas; una hembra magnífica, de perfecta complexión, carnes duras y blancas, anchas caderas, poderosos hombros, cuello largo y flexible, dientes firmísimos, nacarados, ojazos zarcos, fosca y brillante cabellera rufa.

—¡Vamos, una señora de una vez!—exclamó Pepe Graña.

—¡De una vez, si señor! Una soberbia máquina fisiológica destinada a producir Apolos y Hércules; de una moza, don Pepito, en cuyos brazos usted desaparecería como una gota de cera en un crisol.

La manera de recoger y contestar la interrupción les hizo reír a todos y a Pepe Graña le dejó corrido.

—Pues bien—continuó el doctor Arce—, aquella Eva ópima no tenía ni gota del precioso alimento natural. Examiné con el ma-

yor detenimiento su anatomía bella y lozana. Ninguna deformidad; ninguna anormalidad pude descubrir que me explicase la ausencia de un fenómeno regularmente consecutivo a la maternidad. Salí del paso como pude, disponiendo unos masajes y unos emolientes y me retiré seguro de que ignoraba en absoluto el remedio eficaz.

Y me llevaba el rescoldo de un fracaso avivado por la ironía con que la interesada respondía a mis preguntas y se prestaba a mis exploraciones. "Atienda al rapaz y déjeme a mí, señor".

—¡Miren la Eva!

—Malévola su interpretación, querida Lucy. Se burlaba del hombre de ciencia por que ella, en su subconsciente, por avatares, conocía el remedio, vedado a mi ciencia cegata.

—¿Y por qué no lo usaba?

—¿Cuándo sale la Luna?

—¡Paciencia, paciencia, señoras mías! En la segunda pregunta, en la de Margot, está

la clave. No ponía la pescadora el remedio porque no había salido la Luna. Déjenme explicarme a mi modo, teniendo en cuenta que no soy muy literato. Sigo. Puesto que mi pobre saber de nada servía y al bebé le había corregido sus desarreglos una alimentación racional, no volví a ver a la parida. Reanudé mis investigaciones en busca del hipogeo y por las noches, mis horas de contemplación desde los peñascos. Llegó el plenilunio.

—¡Ya era hora!

—Señorita Lucy: ¡no podía llegar antes! Los astros tienen su marcha inalterable y no la aceleran aunque se lo pidan unos labios tan lindos como los de usted. Llegó, pues, el plenilunio espléndido, que azogaba la lámina del mar y convertía en mármoles y ágatas las rocas astilladas de la costa; que hacía sedas los bosques y bandejas de plata, para presentar la pedrería de las espumas, las lisas playas, en forma de concha. Arrobado, embebecido en la belleza de la noche,

hallábame yo en mi parapeto y pensaba que la luz de la Luna es una luz mucho más espiritual que la del Sol. El Sol alumbra las cosas, crea los colores, calienta los gérmenes e inmola los capullos; el Sol es combustión, transformación, dinamismo. La luz de la Luna apenas revela las cosas, atenúa y empalidece los colores, pero ilumina los pensamientos; es más pura y menos sensible la luz de la Luna que no se queda en la superficie, que se infiltra, que traspasa. La fría luz de la Luna entra por nuestros poros y disuelve partículas de plata en nuestra sangre. La luz de la Luna es la que da su blancura sobreviviente a nuestros huesos. Aquella noche el satélite se levantaba sobre la comba cristalina del mar como una perla enorme y encendida que el mar hubiese engendrado y ofrendase al firmamento.

No era yo solo el devoto, el fanático de la Luna. Una mujer, ella, la pescadora, había escalado silenciosamente el más alto pico de las rocas y en pie, susana, ingrávida, per-

manecía inmóvil, arrobada, transida. Desnuda, absolutamente desnuda, pues no sospechaba que nadie la veía, era la más hermosa estatua de mármol que han contemplado mis ojos; la Luna la pulía y abrillantaba, la cincelaba, la bruñía, la esmaltaba. Suelta la mata de su pelo, la brisa hacíala llamear y la Luna la argentaba. ¡No olvidaré nunca aquel momento!; con las dos palmas de sus manos la pescadora sostenía y elevaba las pomas rotundas de su pecho en la actitud oferente de estárselas consagrando a la Luna que las nacaraba, las sazonaba y las henchía.

—Pues bien—acabó el doctor Arce—. A los pocos minutos surtieron de ellas dos chorros como dos hemorragias de luz de la misma Luna.



II

La narración del doctor Arce había conseguido interesar momentáneamente al frívolo auditorio. Hubo, pues, en él hasta veinte segundos de silencio que cada cual dedicó a pensar en la supersticiosa mujer del pescador destacando a la luz de la Luna su figura escultural sobre un plinto de rocas, autosugestionándose tan eficazmente que sus glándulas se hincharon y emitieron los dos chorros. En cuanto a ellos, la imagen del doctor sería exacta, parecerían dos fontanas de luz lunar.

En seguida flotó sobre el concurso la densa pesadumbre del fastidio. Desde el encristalado *hall* del hotel se veía llover ince-

santemente sobre el mar que había tomado un verde gláuco, opaco y sin brillo; las nubes, muy bajas, prendían sus vellones en las cumbres costeras y enlobreguecían el horizonte borroso en que las miradas se sentían embotar angustiosamente; con frecuencia bajaba de la nube al océano una instantánea sierpe de luz azulenca que era seguida de bronco retumbar hórrido. Pepe Graña, atento al segundero de su reloj, dijo:

—A tres mil y pico de metros de aquí ha sido la descarga.

Como desmintiéndole la lluvia lagrimeó en los cristales del *hall* y el panorama se emborronó más tupidamente.

—¡No es posible salir! ¡Bonito programa!—exclamó Lucy—. Está la tarde como para tumbarse una a dormir.

—¡A dormir no, Lucy!—protestó Graña.

El Gobierno se obstinaba en no permitir el juego y sin tal aliciente, en una tarde de lluvia, ¿qué hacer? Los ceniceros estaban colmados de restos de cigarrillos egipcios.

en las manos de los hombres los habanos finaban; agotadas se veían las copitas de coñac y de cuantró. El tedio se espesaba terriblemente.

—¡La contemplación del mar en las noches de verano!—dijo melancólicamente, con melancolía un poco teatral, el novelista Antonio Duarte—. Es una afición expuesta a alucinaciones y a aventuras. Yo tengo reciente, nítida, como si siguiese viendo, la imagen de otra estatua; pero la mía estaba tallada en azabache.

—¡Cuéntenos usted—pidió Lucy—una novela hablada, matizada por el novelista galante de más fina perversidad... ¿En qué mejor invertir estas interminables horas grises? ¿No les parece a ustedes? Pidamos todos al habilísimo narrador el precioso regalo de un destello de su imaginación fertilísima.

—No serían necesarias sus adulaciones, encantadora Lucy, si mi episodio mereciese la pena de ser contado.

Antonio Duarte, al pronunciar estas palabras, hizo resbalar su mirada perspicaz sobre las miradas de los circunstantes y nadie, ni la aviesa Lucy, observó cómo al encontrarse los ojos del novelista con los de Natalia, la morena de marfil, saltaba una chispa, fulgía un relámpago en las pupilas de la mujer.

Eralo Natalia misteriosa, cuya vida no conocía nadie. Sabíase de cierto únicamente que era sudamericana y que derrochaba el dinero. No hacía dos años que apareció en Niza, en carnaval, luciendo la mantilla española y dejando pasmadas a las gentes por su belleza personalísima. Alguien la llamó la morena de marfil; pero el símil no daba idea ni de la finura de sus facciones ni del color de su piel que otros hallaban semejante al blanco atenuado de las almendras de piñón desnudas y otros también al de las estatuas talladas en boj. El fracaso de todo intento de hallar algo con que comparar la piel de Natalia indica su tonalidad incom-



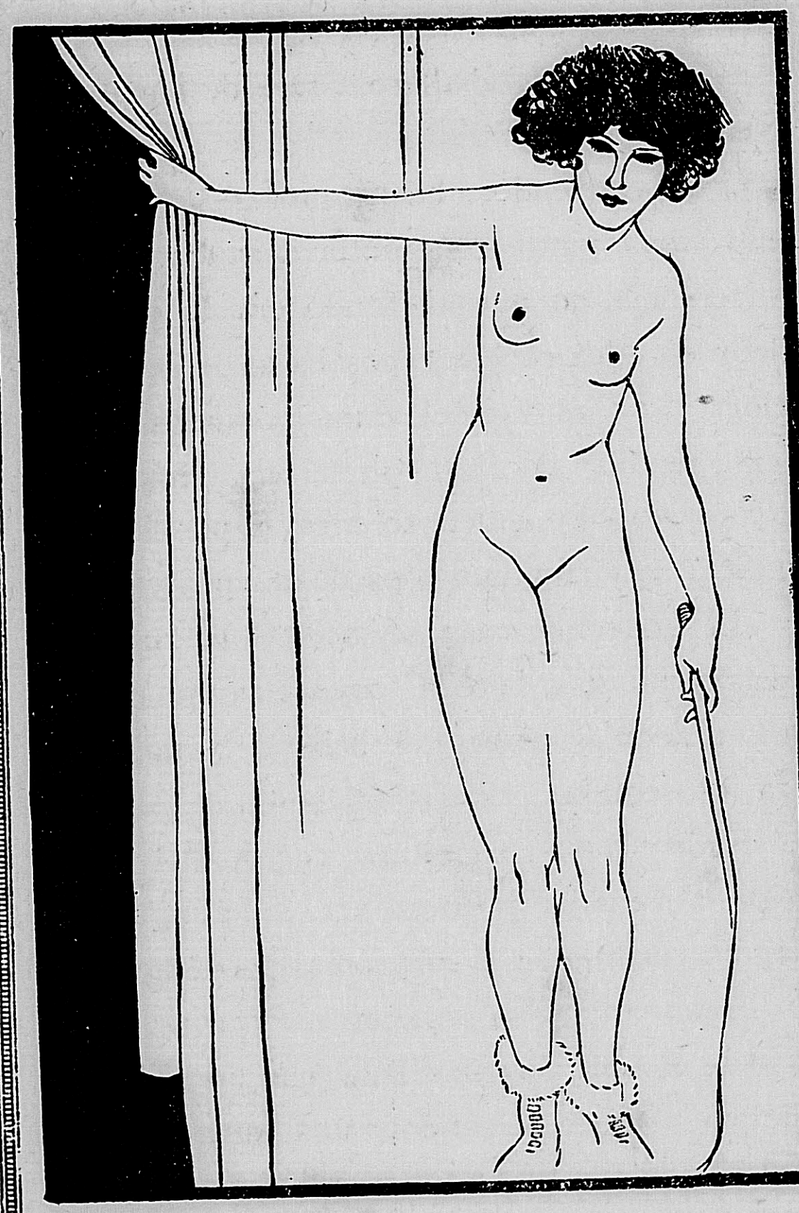
parable. Después de su aparición triunfal en Niza, esta mujer enigmática paseó la tiranía de sus ojos negros, rasgados, ustorios, por todos los centros galantes y elegantes de Europa, enloqueciendo a los hombres con su hermosura, no sólo excepcional por perfecta, expresiva y armoniosa, sino más bien por el atractivo irresistible, por el poder que tenía de encender las pasiones más violentas, las más desapoderadas locuras. El duelo y el suicidio eran los jalones que marcaban la ruta de esta hembra alta, de cadencioso andar insinuante, de formas sobriamente venustas, de pies leves y manos largas afiladas, cuyas uñas de cristal se temiera que seccionasen las venas de quien recibiese sus caricias. Impasible, ajena al torbellino de amores y vesanias que dejaba a su paso, iba ella de una a otra ciudad precedida y seguida de un prestigio trágico, siempre con su contoneo de languidez, su acento criollo, su sonrisa escéptica y el rafaguear adiamantado de sus negros, cauterizantes ojos.

Suponíasela nacida, en las extremas pampas, del cruzamiento de una india de la raza aborigen y de un aventurero turco que traía a su vez pura la sangre de Mahoma; otros, con igual fundamento, decían que sus padres fueron un hebreo renegado y una mora tunecina; afirmaban otros que su padre, el que lo fuere, la enseñó desde la adolescencia a domar tigres y que como tal domadora se había ganado la vida primeramente. Los propaladores de esta historia añadían que en cierta ocasión un Príncipe, de viaje por Norteamérica, quiso dar una fiesta que achicase a los multimillonarios, para lo que ideó las mayores excentricidades y entre ellas la de ofrecer a la domadora del circo quinientos mil dólares si se comprometía a presentarse desnuda, con su león más joven, en la sala del festín. Aceptado el trato, Natalia esperó a que los invitados del Príncipe estuviesen beodos, a que las mujeres que los acompañaban hubiesen perdido el escaso recato de su snobismo, para irrumpir en el lujoso co-

medor sin más traje que la fusta de acero. Los concurrentes a la bacanal, al ver aquella maravillosa hermosura aullaron de lujuria y se lanzaron a abrazarla, cuando ella, de un brinco, fué a descorrer un tapiz y a abrir rápidamente la puerta al león que saltó rugiendo en medio de los aristócratas inmovilizados por el terror. A fustazos obligó a la fiera a subir a la mesa y a echarse sobre el mantel, tirando zarpadas al aire. Cuando lo hubo reducido, subió a la mesa ella y sentándose en el lomo del león, dijo sonriente:

—Seré de aquel que suba a tomarme.

El espanto contenía a aquellos caballeros duelistas, temerarios cazadores. La domadora les desafiaba desnuda posando serenamente, perfilando las formas de su cuerpo estupendo sobre la piel del león, que rizaban estremecimientos feroces. Ella acariciaba las melenas rojas y llegó a reclinarse, a tenderse sobre el cuello del animal, rodeándole la cabeza con sus brazos nítidos, lle-



vando los jazmines de sus manos a las fauces latentes del rey de las selvas.

—Lo dicho, caballeros: seré de aquel que venga a tomarme.

Fué volviéndose hasta quedar supina, como Goya pintó a su maja desnuda, con la diferencia de que el fondo era la piel del león en cuya cabeza reposaba la de la domadora. Los latidos del animal domeñado hacían temblar las líneas de la prodigiosa.

—¿No hay quien se atreva, por lo menos, a servirme una copa de champagne?

El Príncipe ruso se acercó lentamente, descorchó una botella, cuyo estampido hispió al león, y ofreció de beber a Natalia para, en seguida, robarla un beso.

El león lanzó su último rugido. El Príncipe, al besar a la domadora, le había clavado un cuchillo en el corazón al pobre animal.

Contaban que se casó con el Príncipe, locamente enamorado de ella, y que por ella, en desafío, murió, legándola una inmensa fortuna; que ella atrajo al matador de su mari-

do para asesinarlo, sin que la tocase, hincándole en la sien el agujón de oro de su sombrero y que huyó después dejando allá su nombre transitorio y su recuerdo imborrable.

Pero todas estas historias nadie podía adverarlas. Natalia envolvía su pasado en un misterio impenetrable como lo eran sus designios para el porvenir. En Montecarlo había conocido a Lucy, que la trajo a España el invierno pasado. Una noche los madrileños, estupefactos, la vieron entrar en el comedor del Ritz; su cuerpo portentoso se contoneaba en la levedad de un traje de crespón morado con viso de plata; una sarta de perlas enormes tendía su arco de irisaciones en la tersura del escote, espaciado hasta la bifurcación; sus brazos, desnudos, parecían transparentes y un perfume hipnótico, desconocido, era su aura.

Aquella noche estaba en el Ritz el novelista Antonio Duarte, que fué presentado a Natalia por Lucy.

—Cónozco casi todas las obras de usted y me gustan. Sería consolador que de veras existiera ese erotismo quintaesenciado, ese superamor, esa superlascivia que usted hace sentir a sus personajes. Desgraciadamente, todo es cosa de su imaginación.

—Perdone usted, señora. Yo no sabría transmitir a mis lectores ni una sola sensación que antes no hubiese pasado por mis nervios.

La americana miró al novelista burlona y exclamó:

—¡Vanidoso!

—Usted ha viajado mucho, ¿no? Pues bien: yo no la llamaría vanidosa si me hablase de países, de parajes, de cumbres o de abismos, en donde yo no hubiese estado.

—Pero si usted me oyese hablar de países inverosímiles, de cumbres inaccesibles y de abismos insondables, en donde asegurase haber estado, ¿cómo impedir su incredulidad?

—Sencillamente: invitándome a ser mi

guía a las alturas y a las profundidades.

Sonó la risa de Natalia como si desensartase las perlas de su collar en la copa; mas poniéndose de pronto seria, hubo de decir:

—No emprendería yo un viaje de tan dudoso regreso.

—Pues no es usted la mujer que dicen. La suponía inquietada por todas las inquietudes.

—Tal vez. Pero reservándome el derecho de elegir mis guías, mis compañeros de viaje.

Y sonó su risa, sarcástica esta vez.

Al retirarse Natalia se habló, entre hombres solos, de su belleza extraordinaria, acerca de la cual el novelista Antonio Duarte hizo algunas apreciaciones.

—Desde luego se trata de una mujer hermosa; pero su hermosura, con ser tanta, no justifica, a juicio mío, el entusiasmo de la gente, y mucho menos la locura de hombres de gusto depurado. Aplicando las reglas bien conocidas de correspondencia entre ciertos órganos, de significación de ciertas señales,

visibles en la mujer vestida, se inducen en Natalia varias imperfecciones de bulto. Por de pronto, he podido apreciar en su pierna fusiforme, que la media de seda detallaba justísima, los relieves de paquetes musculares, las nervaduras que suelen deformar las pantorrillas de las alpinistas. Este detalle, signo de vigor, desde luego, da a la línea una dureza, una rudeza anatómica poco venusta. Cuando he visto andar a Natalia, con armoniosa dejadez, que recuerda a la Bertini, tomé buena nota de cierta inflexibilidad de sus tobillos, casi imperceptible, pero que permite aventurar mi opinión de que tiene las rodillas puntiagudas y las caderas, si no llegan a garrosas, un tanto angulosas al menos. Estoy asimismo casi seguro de que en su espalda afloran, se acusan los omoplatos, no obstante ser la americana mujer de rotundidades. En cuanto al peculiar color de su piel, verdaderamente raro, tengo para mí que no es uniforme: se esclarecerá desvaído en las axilas y en el epigastrio, en el vientre tirará a mula-

to, con ráfagas que, como si lo viera, le forman un cinturón. Bastarían estos reparos si no fuese digna de mención la pubescencia del labio, que denota la existencia de vello excesivo e indelicado. Juraría que se depila los brazos y mucho más esa mujer.

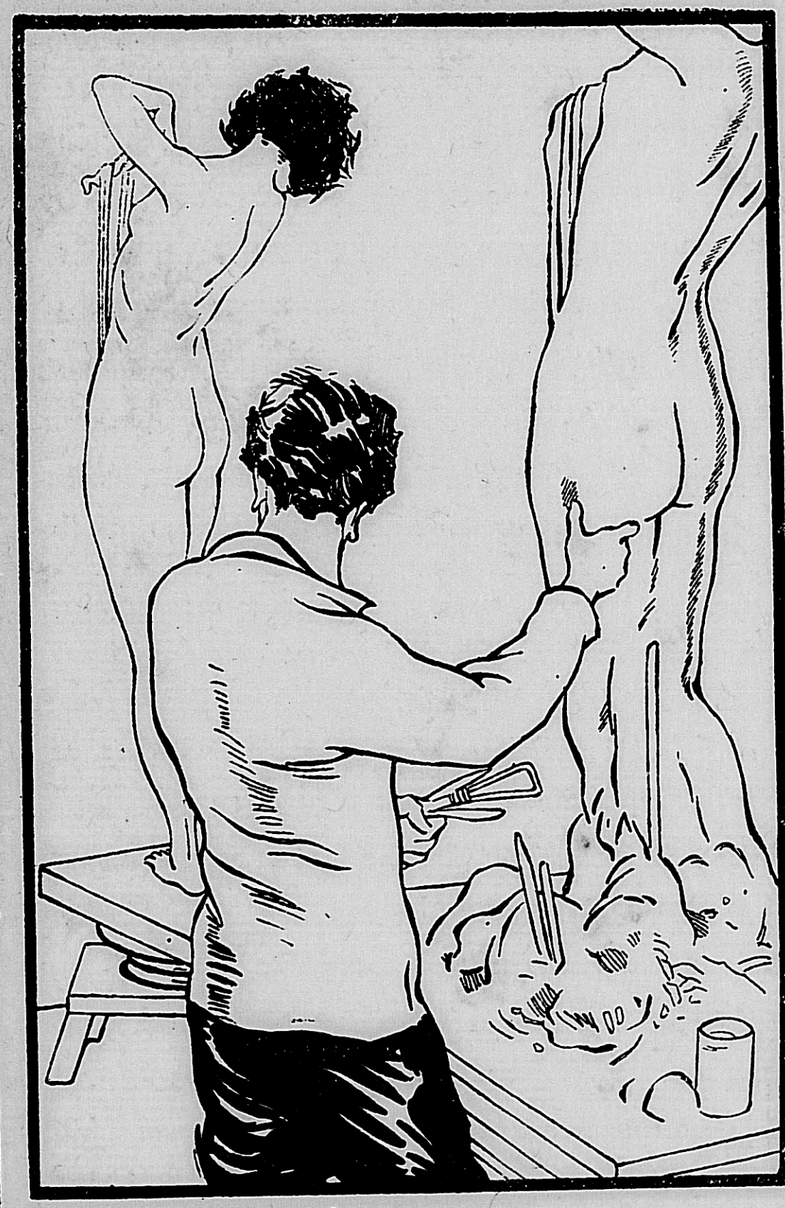
—¡Buena ha salido del análisis!—exclamó un caballero francés que había cenado con Natalia, que venía desde Biarritz detrás de Natalia—. Usted debe ser partidario de las bellezas mórbidas; de las bellezas adiposas, gelatinosas. En verdad, para apreciar la de Natalia, sucinta y juncal, no son todos los criterios artísticos.

—¿Es usted, señor, el profesor de Estética que anuncian los grandes diarios? Deseo saber si está completa la matrícula para oír sus lecciones.

—Soy un admirador de la belleza, con unas ideas tan respetables como las de cualquiera otro.

—Debe usted ignorar—intervino un caballero italiano—que la euritmia de esa mujer

ha sido ya estudiada y consagrada por los mejores peritos. Yo me enorgullezco de haber contribuído a que lo permitiese. La dije que cuando se posee un tesoro así, de líneas y color, no se tiene derecho a privar al mundo de su contemplación; que debía haber una manera de expropiación forzosa, por la que se obligase a las rarísimas mujeres como ella a perpetuarse en mármoles y lienzos. "Usted, señora—la decía yo—, no ha puesto nada de su parte, no ha elaborado su perfección: la debe a un resultado de selecciones raciales que los sabios tienen la obligación de estudiar. Su belleza es, desgraciadamente, efímera: en pocos años será destruída, desaparecerá y, no consintiendo que de ella queden copias, ejemplares, privará usted a la Humanidad de un arquetipo a que encaminar sus evoluciones biológicas cuando se hayan abierto paso las teorías eugénicas." Mis argumentos, los ruegos de muchos y, ¿por qué no decirlo?, la legítima, la no censurable vanidad de nuestra amiga, la decidieron a



prestar, simultáneamente, su desnudo a un escultor y a un pintor, dos príncipes del arte en Italia. La estatua, que por desgracia fué adquirida en quince millones de dólares por un plutócrata coloso de Nueva York, fué durante su exposición el asombro de las gentes. En cuanto al lienzo, no está acabado: el pintor se suicidó misteriosamente. Hay quien dice, y yo lo encuentro atinado, que por no conseguir de su paleta un color que se asemejase al de la piel, única, de la modelo.

—No tenía yo noticias...

—¿Del éxito del escultor Escaloni no?

—Sí, de eso sí. Creo que su estatua es prodigiosa. Sólo he visto fotografías. Una mujer que, sorprendida en cueros, se cubre el rostro con las manos.

—Natalia impuso esa condición, vedó su rostro al cincel y al pincel. Aquí, y entre caballeros, se puede revelar que la escultura de Escaloni es Natalia. De saberse esto en Roma, las autoridades prenderían a nuestra

admirada, porque no está claro lo del suicidio del pintor.

—¡Ah!...

—Ahora verá usted cómo sus juicios e inducciones eran aventurados.

—¿Por qué? ¿Por que un escultor, ante Natalia desnuda, haya producido una obra maestra? He ahí el triunfo del genio: rectificar, afinar, sublimizar la belleza real. Escaloni esculpió, no a Natalia, a la Belleza que la plástica de Natalia hubo de sugerir a su talento.

—¿Insiste usted en eso de las rodillas puntiagudas, de las caderas protuberantes, de los omoplatos relievados?...

—Insisto.

—Si ella supiese que su novelista favorito la había destrozado así, le cobraría odio, y créame, señor Duarte, no es de las que odian sin consecuencias.

—El derecho de crítica es libre. No me inquietaría que ella conociese mi opinión.

Con esto se despidió Duarte de aquellos

desconocidos, pensando: "Ese francés, por eliminar un posible rival, se apresurará a repetir a Natalia, una por una, las palabras que dije. Veremos si esa mujer estupenda, que ya deseo brutalmente, muerde el anzuelo."

—Después de aquella noche se habían visto algunas veces. Natalia trataba al novelista con una amabilidad ambigua, equívoca, rencorosa; él la correspondía con un desdén correcto y ofensivo.

Ahora habían coincidido los dos en la misma playa, y esta tarde, lluviosa, en el *hall* del mismo hotel. Al aludir él a sus soliloquios ante el mar, en las noches de verano, ella acababa de denunciarse, pues por muy dueña que fuese de su gesto, no pudo velar el chispazo de sus ojos.

—Contado por usted tendrá un valor inestimable el más trivial episodio—dijo—. Me atrevo a unir mi súplica a la de Lucy. Si estuviese sola, en esta tarde de lluvia, me refugiaría, para defenderme del has-

tío, en una novela de usted, y así trocara la desazón en deleite.

¿Era un reto? Pues veríamos hasta dónde llegaba la serenidad de aquella aventurera audacísima. Habló el novelista.

III

—A mí también me gusta—empezó diciendo—estar a solas con el mar, dialogar a solas con el mar. El mar, en su incesante lucha con las fuerzas que lo agitan, parece estar elaborando un gran pensamiento que no acaba de tomar forma ni realización. Algunas veces yo pienso que si el mar acertara a concretar su idea y a fijar su designio, sucedería una de estas dos cosas: o que en la baja marea, en el aflujo, se amontonarían las aguas en una pirámide inmensa, en un cono, cuyo vértice se fijaría en la Luna, tomando así nuestro planeta la forma de una peonza, que giraría con el pivote en su satélite, o, por el contrario, en el reflujo, se

extenderían las aguas, rebosando las costas, inundando los continentes y envolviendo totalmente el globo, convertido en una bola de cristal. El fragor del mar, sus encogimientos, que dejan en seco una zona del borde de su álbeo, y sus plenitudes, que baten los cantiles como pidiendo paso, son para mí zozobras, vaivenes, de una colosal perplejidad. Como el pensamiento humano, lucha también entre el deseo de erigirse, de elevar un vértice diamantino que incida y atraviese los espacios, o de ampliarse y abarcar el mundo, el mar resulta para los pensadores un camarada y un excelente colaborador. Yo he ideado mis mejores obras, mis obras menos malas, a la orilla del mar, y por eso, en las noches de verano, gusto de acercarme a sus límites movedizos y de permanecer muchas horas en comunicación con el cíclope. Prefiero, al contrario que el amigo Arce, las noches tormentosas, aquellas en que...

—¡Oye, oye, oye!—cortó el párrafo Pepe



Graña—. Al doctor Arce he tenido que respetarle; pero contigo tengo confianza para decirte que no hay derecho. ¡Camelancias, no! O nos cuentas algo entretenido, sin divagaciones ni chuflas, o empiezo yo a cantar la Tarara. ¡Pues no faltaba más! Al latazo que nos está dando la tardecita churretosa, añádele tú el hormigón armado de tus filosofías, y fallecemos. ¡Nos ha fastidiado éste!

—Es que a nuestro amigo, o no le ha sucedido nada de noche, a la orilla del mar, o no quiere contarlo... o no puede.

—Puedo, Natalia—replicó Duarte—, y la prueba va a continuación. ¡Oído! Pues, señor: durante una de estas noches por mí antes evocadas, reciente o lejana, en una costa próxima o remota, que el lugar y el tiempo no he de precisarlos, acaeció lo que voy a contar, sencillamente, para complacer a Natalia y no exasperar a Pepito.

Cuando supuse que todos dormían en el hotel donde me hospedaba, me vestí a propósito para mi visita secreta al amigo mar, me puse un traje de baño y, sobre él, un albornoz de felpa. En esta facha fantasmal salí a la terraza, y de la terraza bajé a la playa, desierta y sospechosa. La noche era tan obscura que yo no veía ni dónde ponía los pies. Muy conocedor del paraje, que frecuentaba de día, caminé sin desorientarme hasta las rocas, y una vez junto a ellas, la instantánea iluminación de los relámpagos me auxilió para encaramarme en mi peñasco favorito. Este peñasco hállase socavado por las olas, que en la pleamar tienen, en su cóncavo, una extraña, tremebunda, sonoridad. En aquel momento estaba subiendo la marea.

El espectáculo era sublime: mar y cielo, negrura, tinieblas, de tarde en tarde rasgadas fugazmente por un relámpago lejano. El agua, fosforescente. Me obsesionaba la maravilla de las olas, que, al romperse, se adornaban con espléndidas crestas de luz blanquecina, que la extendían en abanico

sobre la arena, o la aborrascaban, la pulverizaban en los arrecifes, levantando las más fantáticas llamaradas lívidas. Largas cenefas fulgurantes, inmensas flores, crisantemos de luz, se abrían y se apagaban férvidos a mis pies. Era como si el Océano hubiese atrapado a la Luna y la hubiese molido: arrojaba a sus orillas la brillante harina de la Luna.

Inopinadamente se adentró en el mar un nadador intrépido, cuya presencia yo no había advertido. Al bracear, las aguas removidas fosforescían, envolviéndolo en resplandores, y en momentos, cuando se dejaba estar flotante, haciendo la plancha, se formaba un halo astral. Los relámpagos me ayudaban en la difícil tarea de descubrir el sexo y la traza de aquella persona tan amante del mar, que en noche como aquella le pedía sus abrazos. No creía yo que nadie los compartiese conmigo, y tuve celos del intruso.

La tempestad iba acercándose y arrecia-

ba notoriamente la agitación de las aguas; se hinchaban altas las olas y era ronco el desgranarse de las espumas fosforecentes. Empezó a inquietarme la suerte del nadador, que se hallaba ahora frente a mí. Si no conocía bien la playa e intentaba tomar tierra por este lado, fácilmente se heriría en las peñas o vendría a encerrarse, prisionero de las violentas sacudidas, en la caverna que socavaba mi observatorio. Le grité, sin que me oyera, cuando el peligro era inminente, y sucedió lo temido: vi el cuerpo humano volteado por un golpe de mar, que lo arrojó a la cueva como un pelele de corcho.

Afortunadamente yo, además de ser un buen nadador, conozco a ciegas los recovecos del escondrijo y sé por dónde se puede salir burlando las furias de la borrasca. Me lancé al mar, braceé con vigor, y en breves momentos me hallaba junto a la persona que yo creía víctima de su temeridad.

A la luz de un relámpago, creí habérmelas con el mismísimo demonio. Se bañaba

en "fantomas" la persona aquella: el *maillot* era total, como una segunda piel; cubría su cabeza una boina de goma y su rostro un antifaz. No hablaba.

—¿Conoce usted bien estos peñascales?

Esperó la luminaria de la tormenta para decirme por señas que no.

—Es necesario nadar primeramente en línea recta como unas cincuenta brazadas y, después, ir trazando un semicírculo hacia la izquierda. Me parece lo mejor que me siga usted muy cerca. Si se siente vencer deme una voz o agárrese a mi cintura, prendiendo un puñado de mi *maillot*. ¿Comprende? Ahora deme usted la mano para salir de aquí.

Me dió su mano. Su *maillot* de torzal de seda no perdonaba ni las manos, pues acababa en guante muy justo. Pude apreciar, por eso, que asía una larga, nerviosa y grácil mano de mujer.

De una mujer tan hábil nadadora como yo. A mi lado avanzaba, braceando ágil, ga-

nándome ventaja, a veces, en el ancho círculo que nos veíamos obligados a trazar para evitar las peñas. Empecé a sospechar que la enmascarada me estaba embromando, y recordé la *réclame* que por este procedimiento se hizo en Londres cierta nadadora profesional. Las facultades y técnica natatoria de mi pareja daban a mi suspicacia fundamento: a veces, cuando venía una ola, buceaba ella largo trecho, para reaparecer, denunciada por una corola de fosforescencia, indefectiblemente a mi lado derecho. ¡Vaya! Me estaba poniendo en ridículo una gimnasta de circo, que mañana haría contar el lance en los periódicos. Sin duda, para ayudar su propaganda con la popularidad de mi nombre, habíame elegido como víctima de su treta. Pues se iba a llevar chasco. En cuanto pisásemos tierra, yo saldría corriendo bonitamente, para después negar, decir que era una patraña la noticia. Así pensaba yo, irritado, cuando a pocas brazas de la orilla, la singular máscara lanzó un agudo

grito, se asió a mí y dejó de nadar. Fácilmente la remolqué un breve trecho, y después, en mis brazos, la saqué del mar desmayada. Cuidadosamente deposité su cuerpo sobre la arena seca y fina de la playa.

Estaba yo seguro de que no había ingerido ella ni una gota de agua, de que no se había ahogado, por lo que no intenté la respiración artificial ni los demás remedios que para tales casos se aconsejan. Debía tratarse de un síncope, causado por el susto y por el esfuerzo, y el mejor partido era esperar durante unos minutos que reaccionase mi fantástica protegida.

La tempestad se había acercado, estaba encima de nosotros; empezó a llover, y el zizagueo de los relámpagos se hizo frecuente y deslumbrador; sucedíanse inmediatos, algunas veces brillaban a la vez, trazando en la negrura de la noche una X esplendorosa, a la que seguía doble tableteo estruendoso.

Tan menudeados golpes de luz permitían-



me examinar a la enmascarada, que yacía con las piernas juntas y los brazos abiertos. Les aseguro a ustedes, amigos míos, no haber visto ni imaginado nunca anatomía más bella; una anatomía de arquitectura insospechada, prodigiosa. Mi nadadora era una sirena; tangentes sus piernas en toda su longitud, separaba las puntas de sus pies, y así, medio cuerpo suyo tenía la figura larga de un pescado, de una tonina; se hundían de pronto en ángulo las líneas inguinales, limitando en vértice la convexidad abdominal, en forma de ánfora fenicia; el talle era largo y soberbiamente insurgían exactas las dos cúpulas de su pecho; a la luz de los relámpagos, el *maillot* de seda coruscaba con el reflejar metálico de las escamas de los peces. ¿Tenía ante mí al pez-mujer, a la ninfa de las regiones abisales, lanzada a la superficie por alguna tromba?

Me llamé a la realidad, pensando que el síncope duraba y que era imprudente permanecer allí, bajo la lluvia torrencial, que

azotaba mis espaldas, que rebotaba en el tenso *maillot* de torzal de seda, como sobre una muñeca de caucho. Una idea me estremeció entonces, haciendo correr el calambre del pánico a lo largo de mi columna vertebral. ¿Y si fuese un colapso? ¿Y si estuviese muerta la nadadora?

Mis manos temblorosas empezaron a palpar, a recorrer la yacente escultura en busca de aquellas arterias, las femurales, por ejemplo, cuyo latido es más superficial. Ha quedado en las yemas de mis dedos el relieve, el molde. Jamás acariciaron cuerpo alguno tan bien formado. Dura era y crujiente la carne bajo la tersura del *maillot*, como la carne de un delfín. Al aplicar mi oído en busca del palpitar del corazón, me rechazó una pompa de túrgida elasticidad de goma elástica, como un balón forrado de seda. Percibí rítmico, normal, el latido cardíaco. No lo quería creer: mis manos tocaban afanosas, sin ningún miramiento ya, el cuerpo inmóvil que no se estremecía ni a

las compresiones bruscas en aquellos puntos que hacen brincar a las histéricas transidas; mis ojos la veían rígida como una estatua de ébano y, sin embargo, funcionaba acompasado, regularmente el corazón de la nadadora.

Iba a tomarla nuevamente en mis brazos para transportarla al hotel cuando, bruscamente, repentinamente, de un brinco de corza, se puso en pie y huyó. Un relámpago me la mostró, por último, corriendo velocísima por la playa.

Este es el episodio, amigos míos, que no tiene segunda parte. No sé ni saber quiero quién sea la nadadora del *maillot* de torzal de seda. No intentaré materializar a la sirena negra. No quiero verla mujer. Seguramente me mataría la ilusión y yo prefiero una ilusión a una mujer.



IV

—La ilusión de haber visto y tocado a la mujer mejor formada, a la más bella del mundo.

—¡Oh, oh! No analicemos las ilusiones, Natalia. Un *maillot* tenso, brillante, mojado por el agua del mar ¿no puede apretar, comprimir, dar la elasticidad aquella a una carne fofa? ¿No puede erigir unas formas flácidas? ¿No es posible, mediante un guatado hábil, imperceptible, rectificar una línea imperfecta? Además, y aun suponiendo que el *maillot* se adaptase fidelísimo al desnudo, ¿qué sabemos del color? El color es la vida de las formas. ¿Sabe si la nadadora es rubia o morena? ¿Está inmaculada, tersa, sa-

tinada su piel o es, por el contrario, una piel granujienta, rugosa o áspera? ¿El vello ensombrece sedoso y progresivo reducidas zonas o se extiende cerdoso, envileciendo la figura? No estriba todo en las dimensiones, en la estructura "geométrica" de una mujer. Para otorgarla el título de hermosa hay que atender a mucho más. El aroma, recordemos, es circunstancia muy importante. La carne de una bella ha de ser como carne de fruta que promete al olfato el regalo del paladar. El olfato en amor hace siempre el servicio de descubierta. Nada hay tan peligroso como prometer, obligarse de amor a una mujer cuyo aroma desconocemos. Existen mujeres hermosas sin aroma, como las camelias; hay otras cuyo olor, al igual del de las flores del azafrán, marea; algunas que enloquecen, como el talictro; otras que envenenan, como la adelfa; pero no es raro tropezar con mujeres muy lindas cuya piel exhala un vaho simplemente humano, animal. Este riesgo es grande

en las mujeres morenas, sobre todo si existen dudas de que traigan herencia de ciertas razas tropicales; el tufillo a mona perdura a través de muchas generaciones. Pensemos, por último, en las contingencias temperamentales. Puede ser habida la bella máquina, la forma hermosísima, el exterior portentoso. Pero ¿y el mecanismo invisible? ¿Y la sensibilidad? ¿No estará la muñeca llena de serrín? ¿Hay algo más desesperante que una amada fría, simplemente perezosa, tardía o difícil? Por todas estas razones y otras que me callo, mi admiración ante la nadadora del *maillot* negro se concretó a su estatua y no pasó de ahí: de estimación artística; mudas, por lo demás, las cuerdas del salterio del amor.

V

Aquella noche Natalia no conseguía dormirse, desazonada, inquieta, como si su fonje lecho fuese el erizado lecho de Procusto. El novelista la maltrataba, la ofendía, la irritaba con sus distingos malévolos. Lo recordaba llegando a la caverna con la bravía audacia del hombre primitivo, después de venir nadando como un negro buscador de perlas; recordaba su fuerza, su arrogancia al levantarla en sus brazos para sacarla del mar. Recordaba su pasmosa sangre fría. ¡Vana precaución la del *maillot* de seda defensivo como una loriga! El novelista la había contemplado, la había tocado y auscultado como lo haría un médico anciano,

a ella, a la mujer que haría perder el juicio inmediatamente a todos los hombres. Aquel escritor cuyas obras rebosaban erotismo, habíase comportado ante ella con impasible frialdad. Y sabía que era ella "la morena de marfil". No le bastó ofenderla atribuyendo a su hermosura todas aquellas imperfecciones que inventarió, insaciable, en el Ritz; no le bastó permanecer ecuánime ante su estatua pavonada fantásticamente por el *maillot;* complacíase después en torturarla sañudo, imputando a su naturaleza posibles engaños, probables máculas, deslizando, insidioso, hasta la suposición irritante de que ella pudiese traer de varias generaciones atrás el inextinguible "tufillo a mona". ¡Ah, señor novelista! La cuestión de amor propio estaba planteada con todas sus consecuencias; iba a ser un duelo a muerte. Habría el implacable crítico de reconocer que ella, Natalia, era la mujer más hermosa del mundo, lo habría de reconocer vencido, trémulo, balbuciente, implorando de rodillas

una limosna de amor. ¡Ah! Ya vería el detallista analizador detalle por detalle; recorrería su mirada los ampos de la piel sin tropezar con una peca, con un vitíligo, con una la más leve arruga, con un lunar; iría como por un paisaje de blandas ondulaciones cubierto por la nieve intacta. ¡Y se volvería loco!

Se volvería loco como el pintor italiano que también osó ofenderla con un reparo a su hermosura. Paolo Quinzzato, el pintor de moda, retratista de las mujeres más bellas o más ricas, fué el elegido, con el escultor Escaloni, para copiar la maravilla de "la morena de marfil". El escultor, lleno de entusiasmo, inspiradísimo, trabajó desde el primer instante con afanosa devoción, sólo procurando que la materia fuese fiel reproducción de aquella vida; el barro en sus manos plasmaba día por día otra Natalia inmóvil, pero idéntica, mientras el artífice la amaba. El escultor, al reproducirla en su barro, la adoraba creador; era, más que mo-

delar, acariciar, ir materializando admiraciones y deseos. Así salió la obra como animada por el espíritu de una pasión.

El pintor, en cambio, se sintió superior, maestro de euritmias, y hubo en la segunda sesión de decir:

—Suplico a usted más naturalidad; déjese estar, señora, no se empaque; hay en sus líneas cierta perjudicial rigidez.

¡Oh, qué cara pagó su censura! Natalia, ideada su venganza instantáneamente, contestó:

—Depende eso de la posición a que me veo obligada para su colega el señor Escaloni. No quisiera que me pintase usted así. Es preferible que aguardemos a que la estatua esté acabada para empezar el cuadro. En el cuadro quiero aparecer tendida, como la Venus del Espejo, de Velázquez, pero vista de frente, como la Maja, de Goya, o como la Danae... a elección de usted.

El pintor tuvo ante sus ojos, soberano imposible a sus pinceles, el cuerpo más fle-



xuoso y proteico que soñar pudiese; un cuerpo que cada vez al mirarlo hallábalo, para su desesperación, cambiado de perfiles, de contornos, de medidas, cual si no una, mil mujeres posasen sobre la piel de león, fondo elegido por él para que el asunto aludiése a la nebulosa historia de Natalia. Obligado a rectificar a cada instante la figura, exclamaba, desconcertado:

—Señora, por favor, no más transformaciones. Posee usted variadísimas bellezas y yo me conformo con una. ¿Cómo pintar la mutabilidad diablesca de ese cuerpo que tiene la inconstancia de curvas de una ola? ¿Cómo fijar en la tela el movimiento, al parecer imperceptible, pero real, evolutivo, fásico, de esa hermosura multiforme? Es incomprensible el poder que sobre su carne tiene usted, señora. Hace un instante su cadera tenía la curva de una lira, su talle la de una redoma. Vuelvo a mirar y la cadera se ha almendrado, el talle ha subido. Todo esto, sin que usted haya rectificado su

posición. Temo que sean mis ojos, aquejados de un astigmatismo súbito los que así metamorfosean la visión. ¿O es que su sangre de usted tiene, como el mar, un incesante afluir y refluir que hace siempre incierta, movediza, fugaz, la masa?

Natalia sonreía sin apiadarse del pobre hombre, que no había calculado de cuántos milagros es capaz la voluntad de una mujer herida en su amor propio. Desde la tercera sesión no fué sólo la instabilidad de la euritmia; la fugacidad de lo que pudiera llamarse fisonomía del desnudo causó mil sorpresas y deslumbramientos al pintor, que vió simbolizadas sucesivamente la serenidad, el dolor, la alegría cosquillosa, la cálida y hambrienta amorosidad, la cansina laxitud en las formas de la proteica Afrodita que, sin embargo, no se movía; que *posaba* sin mudar un músculo de la composición.

Paolo Quinzzato no puso en duda que sus ojos le mentían quitándole toda fijeza y, por consiguiente, todo acicate a sus pin-

celes. Era el deseo el perturbador, el deseo, que triunfaba del arte, que lo llevaba a desvaríos, que daba a la pintura las oscilaciones y movilidad imprecisa de las llamas. Toda su técnica, toda su seguridad artística, toda su gloria, se tambaleaban, iban a caer hundidas en el fracaso de aquel cuadro, de aquella figura que él veía ya ondulada, inquieta, como si en vez de la Natalia real, intentase pintar una Natalia reflejada en el fondo de un estanque cuyas aguas se rizasen continuamente.

Arrojó la paleta y los pinceles y exclamó:

—Señora: tengo la inseguridad de pulso de un borracho y la alucinada visión de un calenturiento que delira. ¡Señora, me ha vuelto usted loco y mi locura sólo tiene un remedio: el amor de usted. ¡No podré pintarla sino después de haberla amado!

—Pues, amigo mío—dijo ella, incorporándose—, lo siento por usted. Voy a vestirme.

—Natalia, no tenemos ni usted ni yo de-



recho a frustrar un cuadro que admirarán los siglos. Siento, presiento que, después de amarla, mis pinceles van a producir una obra cumbre, una maravilla.

En pie, rígida, diamantino el mirar, respondió:

—¡No quiero!

Paolo quiso abrazarla, la persiguió por el estudio hasta el tocador, adonde ella buscaba un refugio; fué la carrera de la ninfa perseguida por el sátiro. En el tocador, Natalia fingió dejarse abrazar, irse a dejar vencer. El pintor lanzó un sordo rugido, dió un traspiés y cayó. El agujón de oro del sombrero de Natalia había perforado otra sien, atravesado otro cerebro.

Natalia se vistió sin prisa y salió del estudio. Desde allí fué a buscar a un abogado, a quien ofreció la merced de su amor si la salvaba. El abogado, muy ducho, compró a la servidumbre del pintor; el cadáver recibió un tiro en la sien, en el mismo lugar donde aparecía la herida diminuta; se dispuso la

puesta en escena del suicidio y Natalia pudo atravesar la frontera sin haber pagado de ningún modo a su salvador.

Quien tal hizo, se revolvía ahora en la pira de un designio de venganza. Antonio Duarte, el novelista español, era el único hombre que después de admirarla seguía en su cabal juicio, no la amaba, no la deseaba. Lejos de eso, aquella misma noche habíala tratado con intolerable desdén. Muy enfatuado porque todos le hablaban del éxito de su último libro, iba de un lado a otro llevando su embaimiento y su elegantísimo frac. Era su rostro enjuto, rasurado, romano, de la Roma clásica; era un Petronio depravado y escéptico. Sobre su frente ancha la ceniza de unas canas prematuras parecía cubrir el fuego de sus ideas geniales.

¿Qué era esto, Natalia? ¿Iría a enamorarse, a estar ya enamorada del único hombre que la había menospreciado? ¿Iría ella, la morena de marfil, a formar en el elenco de conquistas del escritor?

Reconocía que un hombre así, un *virtuoso* de las sensaciones, un vicioso exquisito y a la vez un hombre recio y pujante, era el varón que ella necesitaba para ofrecerle todo el amor acumulado en sus entrañas, ricas en poder, como si fuesen de radio; reconocía que Antonio Duarte era el único hombre digno de ser su dueño. Pero ¡ah! La había desdeñado y este delito lo había de pagar con la humillación o con la vida. "O me adora de rodillas, o lo mato. ¿Qué importa uno más?" Esta fué la conclusión a que llegó Natalia. Adoptado el propósito, pudo dormir.

VI

—He acabado de leer su última novela. Es desconcertante.

—Pues no he tratado de desconcertar. Mis paradojas sólo son un saludable estímulo; trato de hacer pensar.

—Y sentir.

—¡Ah, es claro! Mi arte es hacer sentir.

—Y vibrar.

—Eso ya es cosa del lector.

—Con cuyos nervios juega usted.

—Sin pretenderlo; se lo aseguro.

—Acepte usted, pues, mi felicitación.

—Agradecidísimo.

—Y una copa de champán, a solas en mis habitaciones.

Parpadeó, sorprendido.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Hora?

—Tarde; en cuanto hayan sonado las tres en el reloj de la Aduana.

—¿Cita... discreta?

—Dígalo como lo piensa: clandestina y aventurada.

—Venturosa.

—Eso es cosa de usted. Hasta luego.

Pensó Antonio Duarte:

"Es una mujer experta y calculadora, de cuya mala intención no puedo dudar. Me ha dado la cita por la mañana para que pase todo el día pensando en lo que pueda suceder. Conoce los efectos desastrosos que causa en el hombre una promesa a hora fija; la perturbación de una larga espera. El fiasco de muchos novios en la noche de boda, el poder depresivo, la inhabilitación consecutiva a una prolongada tensión de nervios son, sin duda, fenómenos estudiados por esta

perversa cuya ambición principal estriba en humillar, en reírse de enemigos inermes. La traza de ella, indemne, no es la de una mujer normal. ¡Oh, ya sé con qué clase de sacerdotisa voy a entendérmelas!"

Y después de pensar así, el novelista trabajó toda la mañana escribiendo un capítulo descriptivo de su nueva novela, leyó unas páginas de mística y se enfrascó, finalmente, en el extracto de cuentas, en el laberinto de números que le había presentado su editor.

Después se bañó en el mar, almorzó con excelente apetito y dedicó la tarde a una larga excursión a caballo; recorrió un ancho valle de la montaña, se entretuvo en visitar las ruinas de una iglesia románica, conversó detenidamente con unos labriegos; y a la puesta del sol regresó despacio por un caminejo tallado en las peñas, a la orilla del abra. El ocaso fué fulvo y flavo; el sol, al hundirse en el mar, dejó raudales de luz en las nubes y en las aguas que tuvieron tona-

lidades de topacio, de ópalo y de amatista. Se encendió un faro en la lejanía: momentos de oclusión intermitían su luz de apariencias blancas y rojas. Las motoras regresaban de la pesca haciendo sonar alegremente sus sirenas. A bordo parecían traer cargamentos de puñales y hojas de lanza.

Para después de la cena, Antonio reservó una lectura que seguramente le había de obsesionar, de absorber la atención, excluyendo toda otra solicitación de sus ideas y presensaciones: la de los periódicos que hablaban de su último libro, coleccionados y remitidos por el editor.

Veía con orgullo el triunfo de su arte. Nada hay que no se pueda decir, ningún detalle, ningún acto, ningún momento de la vida de sus personajes está vedado a la pluma del buen novelista. Lo que hace falta es talento para ciselar la forma más pulcra en los pasajes más humanos; poseer atavíos ricos y elegantes para vestir los desnudos;

encender una linterna mágica para iluminar las escenas del secreto.

Y bien: las dos y cuarenta. No se había acordado de Natalia. Sonriente y seguro de sí mismo hízose una pulquérrima *toilette* y acudió a la cita.

VII

El gabinete de Natalia, en una de las esquinas del hotel, era el interior del torreón octoédrico que adornaba el edificio por aquella parte en que sus cimientos eran bañados por el mar. Así el gabinete, con sus cuatro grandes balcones, recordaba las inmensas linternas de los faros de primera categoría. Al entrar Antonio estaban abiertos los cuatro balcones de par en par.

—Temerosa de que su fina sensibilidad hallase aquí algún enrarecimiento desagradable, he querido airear bien mi gabinete para recibirle. Ahora, si usted es tan amable, ayúdeme a cerrar.

Cuando los balcones estuvieron cerrados,

la sensación de interior de torre era más precisa. Interior de torre moruna, pues había corrido, extendiéndolos ante los balcones cerrados unos magníficos tapices rojos con arabescos bordados complicadísimos. Del mismo estilo, los divanes y el farol central; la imaginación volaba hacia Oriente.

—¿Son del hotel los tapices?

—No. Los he hecho traer yo de París. Cerrando todo el círculo con ellos, sueño que estoy dentro de la tienda de campaña de Motamid.

—Alabo su buen gusto.

—Tengo un pebetero cargado con resinas olorosas, pero no he querido encenderlo. He tapado, además, con parafina los tarros de todos mis perfumes. No quería aquí más olor que el del mar. Del mar acabo yo de salir. Cuando usted llamó a la puerta, estaba despojándome de mi *maillot* de seda negra... y de mi antifaz.

—¡Ah! ¿Era usted la nadadora?

—¡Qué sorpresa!—exclamó, burlona—.



Ni remotamente lo podía usted sospechar, ¿no es eso?

—He de confesar que me quedaban dudas.

—Sobre todo después de comprobar que la nadadora no tenía ni las rodillas prominentes ni saledizo y deforme el hueso de la cadera.

—¡Vaya! Le llevaron a usted el cuento de mis conjeturas.

—Que me ofendieron.

—Lo lamento tanto.

—Queda desenmascarada la nadadora del *maillot*.

—A quien felicito.

—¿Por qué?

—Porque nada como un delfín.

—¿Nada más?

—Y por el *maillot*. Es una obra de arte. Y segurísimo. No lo atraviesa un puñal.

—Hay que pensar en todo. Recuerde que me desvanezco con relativa facilidad.

—Y que no tiene usted cosquillas.

—Sentémonos, amigo mío — dijo, y se mordió los labios—. ¿Quiere usted servir el *champagne?*

Sobre la mesilla de sándalo, con incrustaciones de nácar, de marfil y de ébano, había sólo dos copas. En el suelo, al lado, en un cubo de plata, entre cristales de hielo, dos botellas. Antonio tomó una, rompió los alambres y como si lo desenroscara, sacó el corcho sin producir ruido. Luego escanció diestramente.

—Por el éxito de su último libro.

—Por la fantástica nadadora.

Bebieron cada uno en la copa del otro, cruzándose sus brazos como al principio de un combate, en desafío, se cruzan las espadas.

Natalia recibió a Antonio en una *toilette* tan inusitada como imprudente; se arrebozaba en un ropón, una especie de albornoz, de almalafa, de bata, de kimono, de dominó carnavalesco, de raso granate, amplio, crujiente, cristalino, que se plegaba en la

cintura, sujeto por un cíngulo de cordones de seda. Se hallaba casi yacente sobre un montón de cojines policromos; una de sus piernas, desnuda, salía del kimono, túmida primero, en el tobillo enjuta, cerval, que jugaba, tornátil el pie gracioso, con una chinela de fibra.

Fumaba un kedive; el brazo, la mano que prendían el cigarrillo, tenían las ondulaciones y flexuosidades del cuello de un cisne que viniese, de vez en vez, a picar en flor húmeda do la boca.

Todos los movimientos de aquella mujer eran estudiados, obedientes a un plan de seducción; en momentos la recorría un desperezo disimulado, una onda magnética que iba, haciendo sisear el raso de su vestidura, desde los ricillos, desde el embobinado de la nuca, a la antena de los pies; otras veces una ardorada, una profunda respiración espaciaba su escote. Entornaba los ojos entre las pestañas de acero y se abrían las alillas de su nariz como si ventease el placer. Era,



a no dudarlo, Natalia rarísimo ejemplar, caso de salto atrás, de atavismo, de selección, de misterio, en fin, que de una raza caníbal había venido a esta tonalidad de hueso de la piel, a esta salvaje, antropófaga fiereza del mirar, expresión de un apetito sanguinario.

Pero el novelista era, ante todo, el novelista: un hombre sólo análisis y curiosidad.

—¿Piensa usted—la dijo—permanecer mucho tiempo en España?

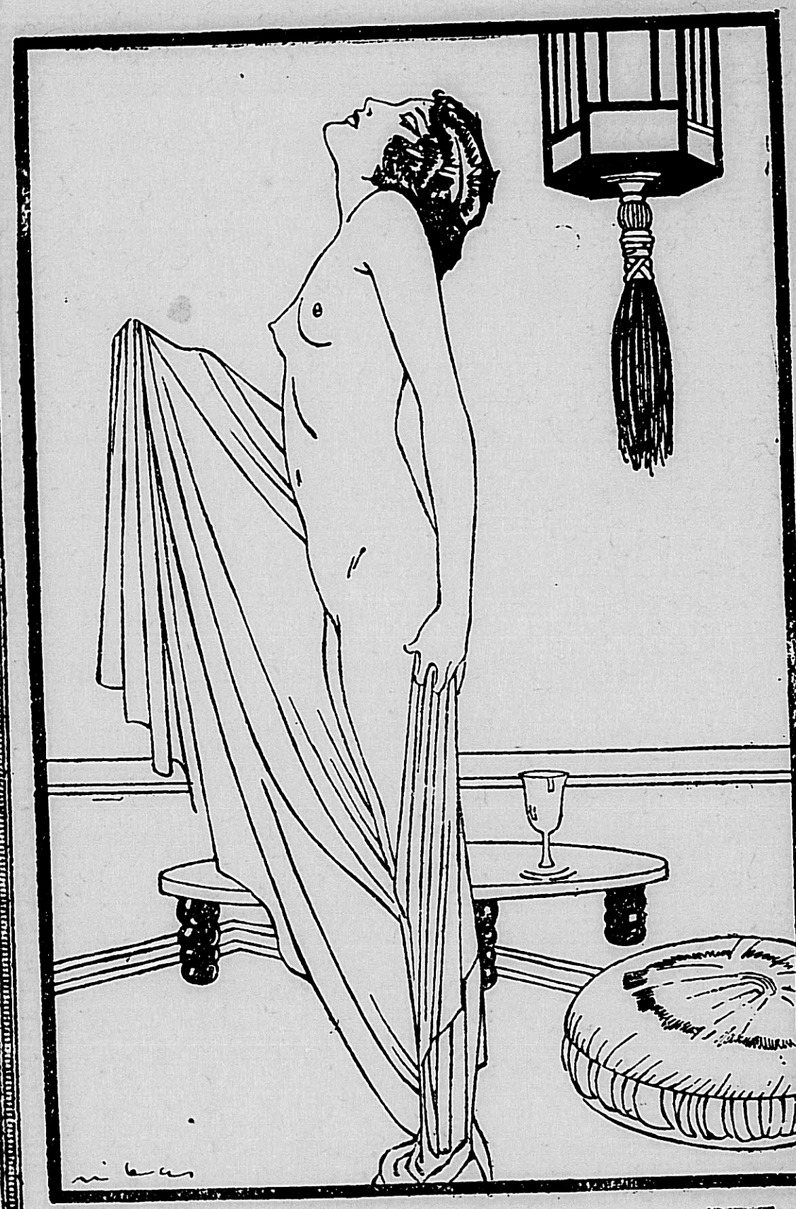
—No sé cuando he de partir. Mis viajes no responden nunca a mi propósito meditado. Más que buscar ambientes nuevos, huyo, me aparto hastiada de los ambientes conocidos. No sé qué es lo que busco, qué es lo que no encuentro en ninguna parte.

—La suma libertad es, al fin, una exclavitud. Siempre el límite de nuestras posibilidades nos parecerá el límite de nuestra prisión, Natalia. No ambicionar: he ahí el

secreto místico, el gran secreto de la felicidad.

Natalia se puso en pie, dió unos pasos y quedó en el centro de la estancia, bajo el farol de cristales de colores que la iluminaba. Allí había un escabel moruno colocado de antemano con toda intención. En él se erigió Natalia como una estatua en su pedestal, y abriendo su vestidura de raso, la fué dejando caer, deslizarse a lo largo de sus formas lentamente: la soberana escultura quedó al fin revelada por completo.

—Señor novelista: he aquí el desnudo neto, franco, absoluto de la morena de marfil. Puede usted contemplarlo con toda calma, con toda minuciosidad; puede usted criticarlo detalle por detalle; me someto a su examen más minucioso y exigente. Al severo censor, al escritor insigne, al descontentadizo maestro, he querido hacerle el regalo de esta exhibición que durará cuanto él quiera. Pasado el primer instante, no me violenta permanecer así, no me



desazonan sus miradas. Iré adoptando las posturas clásicas: Friné ante sus jueces: los brazos cruzados, la mirada en fuga, temblando la carne de pudor. La Venus de Médicis: en doble intento de recato, las manos trémulas. Afrodita: en alto el brazo que sostiene el espejo, la otra mano suspendiendo las perlas de su collar. Cleopatra ante Antonio: altiva, tirana la carne ebúrnea. ¿No es verdad que Cleopatra debió ser una mujer como yo? Salomé espiritada, aérea, ondulante, como una llama. La Eva de Van Dik. ¡Ah! Una figura recocó: la entrada al baño...

Antonio contemplaba la maravilla de líneas, de tersuras, de modelación de aquella mujer perfectísima. Parecía esculpida en una super-materia que tuviere del mármol la majestad, la finura del marfil, del onix la trasparencia, la misteriosa palidez del alabastro, la carnal rubicundez de ágata. Los miembros humanos hallábanse en Natalia depurados, movilizados por la suprema ele-

gancia de la forma. Las ofrendas femeninas montrábanse tan pulcras y tranquilas que eran, en el desnudo, la más infantil honestidad. El novelista miraba y admiraba la estatua viva, como la inmóvil estatua de un Museo: en éxtasis.

—Es usted, Natalia, la mujer más hermosa del mundo. No hay en su academia ni un trazo, ni una sombra, ni un cabello, ni un átomo que rompa la augusta armonía de su belleza. Me confieso rendido, subyugado, mínimo, indigno como ante una diosa.

Sonreía Natalia.

—No—seguía él—, no me prive de la contemplación de tan excelsa alegoría. Su hermosura ha impuesto en mis sentimientos de artista la altísima y filosófica serenidad. El pensamiento se apodera de esa estatua tan hermosa como la Verdad. ¡Hermosa concepción estética! ¡Demasiado hermosa para que la profanen los deseos de un hombre inteligente! ¡Demasiado hermosa para ser amada!

Natalia descendió del escabel y fué al piano. La música envolvió en sus melodías el cuerpo portentoso; fué el ritmo un mismo ritmo en la sinfonía de las ondas y de la carne.

En pie junto a ella, Antonio observaba mudo cómo a compás de los compases vibraban, palpitaban, tremaban las formas; cómo se escorzaban en la música, cómo parecían plasmadas por el mismo cadencioso vals.

Se fué a sentar anonadado, vencido por la emoción.

—Resueltamente es usted demasiado hermosa.

Calló ella, cerró los ojos, serpeó la carne y pareció despertar.

—Bebamos, novelista.

—Por su hermosura.

—Perdón—dijo ella, deteniéndole el ademán—. Ahora en este vaso.

Bebió y le ofreció en su boca el sorbo



mientras lo prendía en el cálido dogal de sus brazos.

—¡Natalia! ¿Sabe usted a lo que se expone?

—¡Te quiero!

VIII

El juez y los médicos ante la yacente estatua quedaron atónitos, estupefactos.

Un hilillo de sangre en la sien; en el suelo, un pequeño revólver adamasquinado; en la mesa de noche, una tarjeta.

"Para ahorrar trabajo a la Justicia y molestias a mis amigos, declaro morir por mi voluntad.

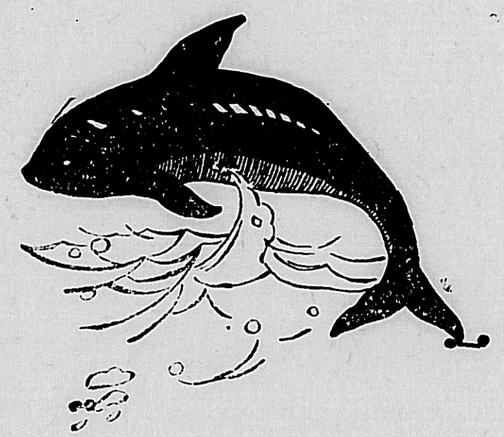
"Si para ser amada por un hombre inteligente soy demasiado hermosa, también soy demasiado orgullosa para sobrevivir a una humillación.

Natalia."

Antonio Duarte, al leer estas palabras, exclamó:

—Su forma ha quedado en el mármol. No sabía amar. ¡No importa que no viva! No sabía amar. ¡No importa que no viva!

Rafael López de Haro



EN NUESTRO NÚMERO
PRÓXIMO PUBLICAREMOS

La casa de la Trini

POR

EMILIO CARRERE

o o o

ILUSTRACIONES DE
VARELA DE SEIJAS

Librería Renacimiento

Calle de Preciados, 46. — MADRID

OBRAS COMPLETAS
DE
"El Caballero Audaz"

La virgen desnuda.— Desamor.— De pecado en pecado.— El pozo de las pasiones. La bien pagada.— En carne viva.— Emocionario.— La sin ventura.— Divino pecado. Lo que sé por mí (10 volúmenes).— Con el pie en el corazón.— Hombre de amor.— Un hombre extraño.— Horas cortesanas.— Una cualquiera.— El jefe político.— A besos y a muerte.— Los desterrados (3 ptas.)

CINCO PESETAS CADA VOLUMEN

Visiones de Neurastenia

la última obra del gran escritor

W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

ha constituído un éxito grandioso.

Se está procediendo a la tirada de la segunda edición.

PEDIDOS A

EDITORIAL ATLANTIDA

Y

LA NOVELA DE HOY

Mendizábal, 42.

CUATRO PESETAS EJEMPLAR

EDITORIAL "ATLÁNTIDA"

:=: Mendizábal, 42.—MADRID :=:

OBRAS DE W. FERNÁNDEZ FLÓREZ

La procesión de los días, novela (tercera edición).
«Volvoreta», novela premiada en el concurso de Bellas Artes (séptima edición).
Ha entrado un ladrón, novela (quinta edición).
Silencio, novela (segunda edición).
Las gafas del Diablo, (ensayos humorísticos), premiada por la Real Academia Española (cuarta edición).
El espejo irónico, ensayos humorísticos (segunda edición).
Acotaciones de un oyente, impresiones parlamentarias (segunda edición).
Tragedias de la vida vulgar, cuentos (segunda edición).
El secreto de Barba Azul, novela últimamente publicada.

5 pesetas cada volumen.

Visiones de neurastenia, 4 pesetas.

OTRAS OBRAS:

Todo de color de rosa, por Alvaro Retana, 4 pesetas.
El hijo legal, por Artemio Precioso, 4 pesetas.
Cuentos de la tierra, obra póstuma de la Condesa de Pardo Bazán, 5 pesetas.
Hampa y miseria, novela, por José Más, 5 pesetas.
La España chica, por José Cuartero, 4 pesetas.

EN PRENSA:

Rosa de carne, novela, por Artemio Precioso.
La niñez de Ángel Perdido, novela, por Alfonso Vidal y Planas.
¿Qué es España?, por Marcelino Domingo.

Los amantes de la buena literatu-
:-: :-: ra deben coleccionar :-: :-:

LA NOVELA DE NOCHE

la biblioteca más sugestiva y amena de cuantas se han publicado :-: :-: :-: en España. :-: :-: :-:

° ° °

Obras inéditas de los principales autores, ilustradas por los más :-: :-: eximios dibujantes. :-: :-:

° ° °

:-: :-: Coleccione usted :-: :-:

LA NOVELA DE NOCHE

UNA PESETA VOLUMEN

LEA USTED

EL HIJO LEGAL

POR

Artemio Precioso

CON UN PROLOGO DE

W. Fernández Flórez

(Contiene este volumen las siguientes novelas: **El Hijo legal.—La vida estéril.—El descontento.** :: **Fémina.—Noche de luna.** ::

CUATRO pesetas volumen.

PEDIDOS A

La Novela de Hoy

La Novela de Noche

Oficinas: Mendizábal, 42.
MADRID
APARTADO 473

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

ESPAÑA

Año.....	22 ptas.
Semestre.....	12 —

EXTRANJERO

Año.....	32 ptas.
Semestre.....	19 —

PORTUGAL Y AMÉRICA

Año.....	24 ptas.
Semestre.....	14 —

Los señores subscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal o sellos de correos.

La Novela de Hoy

Muchas Gracias

La Novela de Noche

Editorial Atlántida

Calle de Mendizábal, 42.
APARTADO 473

Teléfono 24-53 J. **MADRID**

Sucesores de Rivadeneyra

(S. A.)

ARTES GRÁFICAS

GRANDES TALLERES DE
IMPRENTA
LITOGRAFIA
ENCUADERNACION
ESTEREOTIPIA
GALVANOPLASTIA
FOTOGRABADO
MANIPULADOS
NOVEDADES
PARA
RECLAMOS
todo ello con los más modernos procedimientos.

Paseo de San Vicente, 20

TELEFONO J-376 **MADRID**

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

LA NOVELA DE NOCHE



SUCS. DE RIVADENEYRA - S.A. - MADRID